

MIS “NOTICIAS” DE PEDRO LASTRA

Luis Eyzaguirre
University of Connecticut

Pedro Lastra se aleja de las tareas académicas, y la comunidad de académicos hispanoamericanos en los Estados Unidos ya siente el vacío que dejará su alejamiento. Puede haber ahora cierta reticencia al buscar sus consejos pensando que Pedro necesita el tiempo para sí, para su poesía, para ordenar sus recuerdos entrelazados con lo mejor de la literatura de América en este último medio siglo. Escritores como José María Arguedas, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, y tantos otros, son ahora más cercanos y más nuestros gracias al puente que tendió Pedro para llegar a ellos. La poesía contemporánea de Hispanoamérica, por cierto, sería menos conocida sin sus esfuerzos: Carlos Germán Belli, Oscar Hahn, Eugenio Montejo, Alvaro Mutis, Eduardo Anguita, y varios más, no tendrían hoy el público lector del que gozan si no fuera por su labor. Esta promoción de poetas son hoy materia habitual de cursos en muchas de las buenas universidades de este país.

Hace ya algún tiempo que se me invitó a colaborar con un texto para un volumen de homenaje a Pedro Lastra. Me sentí halagado de haber sido incluido en el proyecto hasta el momento en que tropecé con la responsabilidad que conllevaba armar algún ensayo de tipo académico. Toda vez que me enfrentaba a un tema, se interponía siempre una red de gratas memorias de más de veinte años que reclamaban mi atención. Fue sólo hace algunas semanas, de vuelta en Chile en el amable espacio de la ciudad de La Serena, frente a la entonces solitaria playa de la Avenida del Mar, y con la complicidad del cielo maravillosamente azul de Montegrande y de las “olorosas tierras” del Valle de Elqui de Gabriela Mistral, que el escribir estas “noticias” se me impuso como necesidad ineludible.

Me fue, entonces, posible remontarme a 1967 y a mi primer encuentro con Pedro Lastra en el Instituto de Literatura Chilena en la calle Londres, en Santiago. Traía yo conmigo un manuscrito, mi muy reciente tesis doctoral, que deseaba que el profesor Lastra tuviera a bien leer. Era ése mi primer viaje de vuelta en Chile después de nueve años de ausencia, así como eran también mis primeros pasos en un mundo académico que me intimidaba y que, por lo demás, nunca he llegado a entender bien. Tras larga y amena conversación, ya más cómodo en la esperanza de convertirme en ‘escritor édito’, me despedí de quien llegaría a ser mi gran amigo de siempre. El lugar de nuestro próximo encuentro habría de ser Long Island.

Meses después mi manuscrito revisado tenía título: *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo XX*. Con él llegué por primera vez a Long Island a una acogedora “cabaña” donde me esperaba Pedro Lastra. Por varias horas trabajamos en la corrección de pruebas de ese libro que en 1973 publicaría la Editorial Universitaria de Chile. Mucho café, mucha conversación sobre nuestras respectivas familias, y, presto, el trabajo se había realizado al tiempo que nuestra amistad se cimentaba. Poco tiempo después conocí a Juanita y empecé a considerarme un miembro más de la extendida familia Lastra. Con el libro revisado y corregido en esas horas de Stony Brook, y con

otros trabajos que también requerirían la atención de Pedro, ingresé al mundo académico que ahora empezaba a parecerme más amable.

Con mis frecuentes viajes a Sound Beach “a visitar a los Lastra”, mi ámbito familiar algo desordenado (a pesar de todas mis buenas intenciones) se tranquilizaba. Y al compartir a veces el “cuartito azul” de los mejores afanes literarios de Pedro, me sentía testigo de la elaboración de una obra literaria que el paso del tiempo hará, sin duda, prosperar. Porque debemos entender que la obra poética de Pedro Lastra, como se puede discernir de las varias entregas de *Noticias del extranjero*, es una de las más finas, autocontenidas y sugerentes de esta época. Y, asimismo, se debe recalcar en su obra ensayística una sobriedad y precisión que sólo un fino gusto literario a toda prueba y muchas buenas lecturas pueden haber hecho posible.

Las visitas a Sound Beach se suceden con frecuencia y nuestro trato se hace más abierto. Hablamos de “nuestra juventud”, como tal vez fue, y también como pudo o debió haber sido en el vetusto Chillán Viejo de Pedro y en el vecino y entonces polvoriento San Carlos de mis primeros años. Noches conversadas hasta que un nuevo día se anuncia, nos revelan experiencias comunes que refuerzan los lazos que nos unen. Pasamos revista al mundo de la academia y de la literatura, consideramos “los vicios del mundo moderno”, y, de vez en cuando, entramos en el mundo de los deportes (que Pedro perdone esta frívola indiscreción).

Todo recuerdo de Pedro debe incluir mención a la generosidad de que he sido testigo y receptor a lo largo de muchos años. Generosidad en el sentido mejor y más amplio de la palabra. En su trato conmigo, Pedro me ha introducido al círculo de sus relaciones y de sus amigos más queridos. Por él he conocido a colegas y escritores que han enriquecido mi vida. No olvido aquí a Saúl Yurkievich en sus días de Storrs como profesor visitante en la Universidad de Connecticut. Ahora no me sorprende su atracción por los antiguos cementerios de Nueva Inglaterra que conocí con él y que hoy veo como viejos amigos cuando paso regularmente junto a ellos camino a la universidad. Pienso en Saúl y oigo de nuevo los sibilinos ruidos que alguna buena pieza de jazz le provocaba. Vía Pedro, y a través de Saúl, llego a Julio Cortázar y vislumbro la infinita cordialidad y humanidad del extraordinario autor de *Rayuela*... No le encontré cuando, siguiendo instrucciones de Saúl, fui a la Provenza a visitarle. Fue tiempo después, en Nueva York, cuando tuve el privilegio de conversar por vez primera con Cortázar, experiencia que hoy que escribo estas líneas sigue viva en mi memoria. Una fotografía que conservo de esa ocasión muestra el gran desconcierto de Cortázar frente a la adulación y asedio de un público que había llenado un anfiteatro de Barnard College. Habían venido a conocer y a escuchar a uno de los escritores más representativos de esa extraordinaria década de los 60.

Inolvidables han sido para mí los momentos compartidos con Enrique Lihn, entrañable compañero y amigo de Pedro. Enrique vino a Storrs y a Hartford a instancias de Pedro y presentó dos memorables lecturas de su poesía, una en la Universidad de Connecticut y la otra en un centro cultural de la ciudad de Hartford. De esos días que pasamos juntos, son dos las experiencias que viven con especial intensidad en mi recuerdo. Una fue nuestra visita al Wadsworth Atheneum en Hartford, primer museo abierto al público en los Estados Unidos (1842 señala el frontis del edificio) y verdadera revelación a quienes lo visitan por primera vez. Recorriamos las diversas salas del museo, siendo yo beneficiario de los eruditos comentarios del gran museólogo que fue Enrique Lihn, cuando de pronto me vuelvo y no lo veo a mi lado. Un rato después, lo encuentro sentado enfrente de *The Lady of Shalott*, cuadro de

William Holman Hunt. Enrique me pidió con una mirada que lo dejara solo. Y ahí se quedó, sin moverse por largos minutos, absorto en la contemplación del cuadro. Cuando logré traer a Enrique de vuelta al mundo de nuestra visita, hablamos muy poco. Habrían de pasar algunas horas antes de que me hablara de la importancia que ese cuadro tuvo en su infancia en casa de su abuela en Santiago y en su formación como poeta. "De no ser por mi infancia no escribiría poemas", dice en el prólogo a *Álbum de toda especie de poemas* (1989), donde Enrique recuerda su descubrimiento del cuadro de Hunt en el Wadsworth Atheneum. Hasta ese momento, nunca había dado con él en ninguna de sus visitas a innumerables otros museos.

Otro momento entrañable en mi recuerdo de Lihn es el de un largo y azaroso viaje nocturno de vuelta a Hartford por las carreteras nevadas de Rhode Island y Connecticut, luego de una lectura de sus poemas en Providence College. Nunca supe si Enrique se percató del miedo que me mantenía aferrado al volante, o si él mismo lo experimentaba, mientras la nieve seguía cayendo haciendo más y más difícil discernir nuestro camino por sobre la imponente sábana de blancura por la que el coche lentamente avanzaba. Ahora creo que lo que nos protegió esa noche fueron las seis horas de confidencias que enmarcaron ese viaje acercando nuestras vidas. Llegamos por fin a casa y nuestra conversación se prolongó aún por algún rato. Continuamos compartiendo intimidades ahora con la complicidad reconfortante de algunos tragos. Eran esos los días inmediatamente después de una de las varias, profundas crisis sentimentales de Enrique Lihn, uno de los más grandes "enamorado" en el mundo de la poesía chilena. Luego, leyendo sus libros posteriores, especialmente *Al bello aparecer de este lucero* (1983), creí identificar lugares, tiempos y personajes que nos hicieron compañía en ese viaje Providence-Hartford.

Vi a Enrique la próxima vez una tarde de enero de 1988 en su apartamento de la calle Passy en Santiago de Chile. Convalecía el poeta de una operación reciente que tenía preocupados a sus amigos. Después de entregarle algún encargo de Pedro Lastra, hablando de su salud, Enrique se mostró optimista y conversamos sobre los trabajos poéticos que en esos días ocupaban su tiempo. Lihn siempre tuvo una injusta fama de hombre de mal humor entre la gente que no lo conocía bien. Es probable que se confundiera la firmeza de sus principios con la intolerancia. Esa tarde, la mirada de Enrique comunicaba una calma y ternura que no había visto antes en él, en especial cuando se dirigía a Claudia, amiga que me acompañó en esa visita. Nos agradeció los encargos y nos dio ejemplares de *La aparición de la Virgen* (1987) para nosotros y varios otros amigos suyos. Bajó con nosotros hasta la puerta de la calle donde nos despedimos. Fue la última vez que vi a Enrique Lihn, quien moriría pocos meses después.

Gran parte de mi vida en los Estados Unidos y toda mi relación con la literatura en este país están ligadas a Pedro Lastra. En su casa, en noches memorables, se me reveló la amistad leal de Luis Domínguez, fino narrador de inagotable venero. Por Pedro llegué al gran poeta peruano Carlos Germán Belli con quien he compartido horas inolvidables en Hartford y en Lima. A Pedro debo también mi conocimiento de Alfredo Bryce Echenique, narrador a cuya obra me he sentido atraído de tal manera que su estudio ha ocupado varios años de mi vida. Hoy, cuando reviso esta crónica, tengo el placer y el privilegio de estar disfrutando de frecuentes visitas con Alfredo, amigo entrañable de ya casi veinticinco años, mientras él da clases en la Universidad de Yale como profesor visitante. Ahora por fin creo estar en condiciones de llevar a buen término ese estudio (libro) sobre la narrativa del amigo y escritor peruano tantas veces conversado con Pedro.

Cuando hace algunos años (1983-84) armamos con Pedro para *Inti* nuestro *14 poetas hispanoamericanos de hoy*, conocí a Álvaro Mutis y, al leer su obra, entré en el mundo alucinante del extraordinario Maqroll El Gabiero. Varios intentos por precisar los orígenes de la lucidez que surge del discurso y las acciones del desesperanzado personaje no me han entregado las llaves que me podrían permitir salir de un mundo que tan sugerentemente define la situación del ser humano de nuestros días. Oscar Hahn, otro de “nuestros poetas” de esa selección, viene a Hartford. Su breve visita ha quedado a resguardo en mi memoria por las doradas llaves de la ciudad que el representante del alcalde le hace entrega en una ceremonia al término de una notable lectura de sus poemas. Hoy, cuando hablamos de esa velada literaria, Oscar no se olvida de recordarme que él, en dos días, logró lo que yo no he conseguido en más de veinte años de vivir en Hartford.

Entre los “14 poetas” está también Eugenio Montejo, admirable poeta venezolano sobre cuya obra Pedro escribió en ese volumen de *Inti*. Luego de conversarlo con Pedro, escribí yo a mi vez un ensayo sobre la poesía de Montejo para un número especial de *Inti* sobre la cultura venezolana del siglo XX y que fue luego reproducido en un libro editado por Julio Ortega para La Casa de Bello, en Caracas. Como en otras ocasiones, la bella amistad que hoy me une a Eugenio Montejo y su familia tiene sus raíces en Pedro Lastra y en ese *Inti* que elaboramos juntos. Es, asimismo, el caso de mi relación entrañablemente cálida con el visionario Gonzalo Rojas y con su esposa Hilda. Iniciada hace ya tiempo en unos pocos días de amistad y de fiesta en Hartford con ocasión de lecturas de Gonzalo en Yale y la Universidad de Connecticut, se fortaleció con varios encuentros en Santiago y en Chillán. En 1994 pude por fin llegar hasta el Torreón del Renegado, legendaria vivienda del poeta ya cerca de los contrafuertes cordilleranos a algunos kilómetros de Chillán. Fueron horas inolvidables las que viví esa tarde con el poeta y su esposa. Gonzalo me entregó ese día su más reciente “tratado” sobre el amor que él titula *Las hermosas* (1991). (Me sigue pareciendo que Gonzalo sabe mucho más sobre el tema que ese “algo” con que me firmó un ejemplar del libro). Perdurará por siempre en mi memoria el recuerdo de Hilda enseñándome esa aventura de la imaginación que es el Torreón del Renegado, y el de Gonzalo descendiendo conmigo hasta la orilla del río Renegado para mostrarme el remanso donde acostumbraban bañarse, ahí a los pies, en eterno ofrecimiento. Hay tantos otros recuerdos que corroborarían cómo mi vida y mi mundo se han ampliado y enriquecido con mis “visitas a los Lastra”. Y me consta que no es único mi caso. En repetidas ocasiones he sido testigo de conversaciones de Pedro con estudiosos de la literatura, académicos, escritores, cuyas “noticias de Pedro Lastra” serían parecidas a estas mías. Quiero entender que hoy Pedro se aleja de las labores académicas solamente porque sé que nuevas tareas le esperan. Sus amigos y colegas confiamos en seguir recibiendo sus consejos que no parecen tales por la generosidad con que él los ofrece. Yo, por mi parte, continuaré con mis viajes a Long Island a “visitar a los Lastra”. Con ellos “vuelvo” a Chile sin salir de los Estados Unidos. Vuelvo a Chile a recobrar lo que queda de lo que un día tuve, o he soñado tener. Y volveré a Sound Beach y al “cuartito azul” para que sigamos hablando de “nuestra juventud”. Ahora todo con más calma. Porque llega un tiempo cuando todas las cosas no realizadas, si es que son verdaderamente importantes, encuentran un lugar de privilegio en las vidas de quienes las soñaron. Todas ellas han ocupado un espacio tan excepcional en el pensamiento y la imaginación que ya han conquistado el derecho a su existencia. Y, si por cualquier oculta, secreta, razón no logran realizarse, todavía podremos decir: “démoslas por realizadas”. ¿No es así, Pedro?